

LOS DOS ALBUMS

UN hombre que quería saber exactamente, que es lo que más se siente, la pena ó la alegría:

dos álbuns cogió un día con el afán ardiente de escribir diariamente si gozaba ó sufría.

Cuando el hombre espiraba, en blanco un libro estaba: el del placer traidor;

¡y, en cambio, horrorizado vió que había llenado el álbum del dolor!

J. M. F.

EL SOLDADO DE PLOMO

CUENTO DE ANDERSEEN

HABÍA una vez veinticinco soldados de plomo, todos hermanos, porque todos eran hijos de una vieja cuchara de plomo. ¡Qué soberbia presencia tenían con el arma al brazo, la mirada fija y el uniforme blanco y encarnado!

La primera palabra que habían oído en este mundo, cuando destaparon la caja que los contenía, fué esta: «¡soldados de plomo!» que acababa de pronunciar un niño batiendo palmas. Le habían sido regalados el día de su santo y se entretenía en formarlos en fila sobre la mesa.

Todos los soldados eran exactamente iguales, á excepción de uno que solo tenía una pierna. Era el último que habían echado en el molde, y no hubo plomo bastante para hacerlo completo. Sin embargo, manteníase sobre su única pierna con tanta firmeza como los otros sobre las dos. A este soldado es precisamente á quien nos importa conocer.

Sobre la mesa donde estaba formada la tropa había otros muchos juguetes; pero lo más curioso de todo era un bonito casillito de papel. A través de sus ventanitas se podían ver los salones. En la parte exterior elevábanse algunos árboles, rodeando á un pedacito de espejo que hacía las veces de lago, en el cual nadaban y se reflejaban varios cisnes de cera.

Todo esto era muy bonito; pero había otra cosa más bonita aún, y era una señorita que estaba de pié á la puerta del castillo. También era de papel la señorita, pero llevaba un jubón de tela trasparente y muy ligera, y sobre los hombros, á guisa de banda, una cintita azul que bajaba has-

ta su cintura. La señorita tenía los brazos extendidos, porque era bailarina, y levantaba una pierna tan alta, que el soldado de plomo, no pudiendo descubrirla, llegó á pensar que la señorita era coja como él.

—Hé aquí una mujer que me convendría,—se dijo:—pero es demasiado gran señora. Ella vive en un castillo, mientras que yo vivo en una caja en compañía de veinticuatro compañeros, y no tendría donde ponerla. Sin embargo, yo he de hacer conocimiento con ella.»

Y al decir esto se ocultó detrás de una tabaquera. Allí podía contemplar á su satisfacción á la elegante señorita, que se mantenía siempre sobre una pierna sin perder el equilibrio.

Llegada la noche, todos los otros soldados fueron encerrados en su caja, y la gente de la casa se marchó á dormir. Entonces los objetos que había sobre la mesa empezaron á girar solos. Los soldados de plomo hubieron querido tomar parte en el jolgorio: pero, ¿cómo levantar la tapa de la caja? Un rompe nueces saltaba, un lápiz trazaba mil líneas extrañas sobre la mesa. El estrépito llegó á tal extremo, que se despertó el canario y empezó á cantar. Los únicos que no se movían, eran el soldado de plomo y la bailarina. Ella siempre sobre la punta del pié y con los brazos estendidos; él intrépidamente apoyado en su única pierna y sin dejar de mirar á la joven.

Dieron las doce de la noche y ¡crac! la tapa de la tabaquera salta, pero en vez de tabaco descubre á un duendecito negro. Era un juguete de sorpresa.

—«Soldado de plomo—dijo el duende—á ver si echas tus miradas por otro lado.»

Pero el soldado hizo que no lo oía.

—«Deja que llegue mañana y ya verás,»—repuso el duende.

Al día siguiente, cuando los niños se levantaron, pusieron al soldado de plomo sobre la ventana; mas de repente, empujado por el duende ó por el viento, se cae de cabeza á la calle. ¡Qué caída tan tremenda! Vióse con la pierna en el aire, su cuerpo descansado sobre su chacó, y la bayoneta clavada entre dos piedras.

La criada y el niño más pequeño bajaron á buscarle; pero aunque en nada estuvo que le reventaran de un pisotón, no le vieron. Si el soldado hubiese dicho: «¡Eh cuidado que estoy aquí,» le habrían descubierto; pero él creyó que esto sería deshonorar el uniforme.

Comenzó á llover; las gotas fueron sucediéndose cada vez más rápidamente, y sobrevino un verdadero diluvio. Cuando hubo escampado, dos píluelos pasaron por allí.

—¡Eh! ¡eh!—dijo uno:—ven, mira que soldado. ¿Vamos á hacerlo navegar?